

— Es muy fácil que acertéis, señora, pues como mi tío os lo ha dicho, sólo soy un apasionado servidor vuestro.

— Y también del rey, pues desde mañana debéis recibir órdenes de S. M. Pero levantaos, duque, levantaos.

Y al decir esto le dió la mano, que Aiguillón besó respetuosamente.

La condesa, al parecer, se conmovió mucho, pues no pudo en un rato pronunciar una sola palabra.

El señor de Aiguillón permaneció como ella, turbado y mudo, pero al fin levantó la cabeza madama Dubarry y dijo:

— ¡Pobre mariscal! Es preciso enterarle de la derrota que acaba de sufrir.

El señor de Aiguillón se imaginó que estas palabras daban por terminada su entrevista con la condesa y se inclinó.

— Señora, respondió, voy á verle ahora mismo.

— ¡Oh! no hagáis tal, replicó madama Dubarry, pues las malas nuevas deben comunicarse lo más tarde posible: podéis hacer otra cosa mejor que ir á ver al mariscal. Cenad conmigo.

El duque sintió como un perfume de juventud y amor abrasar y regenerar la sangre de su corazón, y dijo:

— ¡Ah! vos no sois una mujer, sois...

— Un ángel, ¿no es verdad? murmuró á su oído la condesa.

Aquella noche debió tenerse el señor de Aiguillón por muy dichoso, porque sopló á su tío la cartera ministerial y se aprovechó de la parte de cena que correspondía al rey.

## XIV

## Las antecámaras del duque de Richelieu

El señor de Richelieu tenía, como todos los cortesanos, un hotel en Versalles, otro en París, casa en Marly, casa en Luciennes; en una palabra, tenía habitación dispuesta en todos los sitios reales.

Luis XIV, al multiplicar los sitios de su residencia, había impuesto á todos los personajes de distinción que tenían entrada cerca de su persona, la obligación de ser ricos para imitar en debida proporción el tren de su casa y los dispendios de sus caprichos.

El señor de Richelieu residía en su palacio de Versalles, en el momento de la caída del duque de Choiseul y del de Praslin, y allí fué donde fué á pasar la noche, de vuelta de Luciennes, después de haber presentado su sobrino á madama Dubarry.

Habían visto á Richelieu con la condesa en el bosque de Marly; le habían vuelto á ver en Versalles después de la desgracia del ministro, y pocos ignoraban su audiencia larga y secreta en Luciennes. Estas circunstancias, á las cuales debían añadirse las indiscreciones de Juan Dubarry, bastaron para que toda la corte se creyese obligada á presentar al mariscal el homenaje de sus respetos.

Iba pues el anciano duque á aspirar el perfume de la lisonja, de la adulación y de la bajeza que queman

siempre ante los ídolos del día todos los que viven de gracias y mercedes inmerecidas.

No esperaba sin embargo el señor de Richelieu todo lo que iba á sucederle; pero se levantó la misma mañana del día en cuestión con la firme resolución de negar sus narices al perfume, tapándolas como tapaba Ulises sus orejas con cera contra el canto de las sirenas.

Para él el resultado debía llegar al siguiente día, porque efectivamente hasta entonces no debía publicar el rey el nombramiento del nuevo ministerio.

Grande pues fué la sorpresa del mariscal cuando al despertarse á causa del ruido de los carruajes, supo por su ayuda de cámara que los patios de su palacio, así como las antecámaras y salones, estaban llenos de gente.

— ¡Hola! ¡hola! dijo al punto; parece que hago ruido.

— Todavía es muy temprano, señor mariscal, dijo el ayuda de cámara al ver la precipitación con que su amo se quitaba el gorro de dormir.

— Desde hoy no habrá horas para mí, replicó el duque, y acuérdate bien de estas palabras.

— Está bien, monseñor.

— ¿Qué se ha respondido á los que vienen á visitarme?

— Que monseñor no se ha levantado.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— Esa es mucha necedad; se ha debido decir que anoche velé hasta muy tarde, ó que... Vamos, ¿en dónde esta Rafté?

— Durmiendo, monseñor.

— ¡Cómo durmiendo! que se despierte pronto, muy pronto.

— Ea, ea, dijo asomándose al dormitorio un viejo risueño y malicioso: aquí está Rafté. ¿Qué se le quiere?

Todo el enfado del duque desapareció ante estas palabras.

— ¡Ah! bien decía yo que tú no dormías.

— Y aun cuando durmiese, ¿qué tendría de particular? apenas es aun de día.

— Pero, querido Rafté, ya ves que yo no duermo.

— Eso ya es otra cosa, porque para eso sois ministro. ¿Cómo habíais de dormir?

— Vamos, ya veo que vas á reñirme, dijo el mariscal haciendo una mueca delante del espejo. ¿Qué! ¿no estáis satisfecho?

— ¿Qué se me da de todas esas cosas? al contrario; preveo que os fatigaréis mucho y que vais á enfermar. De aquí resultará que yo seré quien gobierne el Estado, lo cual nada tiene de divertido ni de agradable.

— ¡Cómo has envejecido, Rafté!

— Precisamente tengo cuatro años menos que vos, monseñor. ¡Oh! es verdad, ya soy muy viejo.

El mariscal dió una patada en el suelo y dijo:

— ¿Has pasado por la antecámara?

— Sí, monseñor.

— ¿Qué gente hay?

— Medio mundo.

— ¿Y qué dicen?

— Cada cual habla de lo que piensa solicitar de vos.

— Eso es muy natural; pero ¿no has oído hablar de mi nombramiento?

— No quiero referiros lo que acerca de ese particular he oído.

— ¿De veras? ¿Conque ya empieza la crítica?

— Y entre los que más necesitan de vos. ¿Qué harán aquellos de quienes tengáis necesidad?

— ¡ Ah, Rafté !... exclamó el mariscal sonriéndose. ¡ Y mis amigos dicen que me adulas !

— Pero, monseñor, dijo Rafté : ¿ por qué demonios os habéis uncido á ese carro llamado el ministerio ? ¿ Estáis cansado de ser dichoso y de vivir ?

— Amigo mío, de todo he probado en este mundo, pero nunca he sido ministro.

— Tampoco habéis tomado arsénico. ¿ Lo queréis tomar en el chocolate por curiosidad ?

— Rafté, eres un perezoso, pues se te figura que como secretario mío vas á tener mucho que trabajar y eso te asusta. Así al menos te has expresado antes.

El mariscal en seguida se hizo vestir con esmero. — Quiero parecer lo que soy, un militar, dijo á su ayuda de cámara ; ponme pues todas mis condecoraciones.

— ¿ Conque es decir que nos encargamos del ministerio de la Guerra ? preguntó Rafté.

— Eso es ; así parece.

— Ya ; pero hasta ahora no he visto el real nombramiento, lo cual me parece poco regular.

— Sin duda no tardará en llegar.

— ¡ Ah ! ; *sin duda* es hoy la frase oficial !

— La vejez te hace insufrible, Rafté, porque eres purista y te paras mucho en las formas. Á haberlo sabido yo antes no te hubiera encargado mi discurso de recepción en la academia, porque ese trabajo te ha vuelto pedante.

— Escuchadme, señor, y ya que formamos parte del ministerio, hablemos por orden. La cosa es por cierto extraña.

— ¡ Cómo así !

— Figuraos que acabo de hablar con el señor conde de la Vaudraye y me ha dicho que nada hay todavía respecto á nuevo ministerio.

Richelieu contestó sonriéndose :

— Tiene razón el conde ; pero ¿ qué es eso ? ¿ Has salido tú tan temprano ?

— ¿ Y qué había de hacer ? Ese ruido infernal de carruajes me ha desvelado ; por consiguiente me he vestido, me he endosado también mis condecoraciones y he ido á dar una vuelta por la ciudad.

— Vamos ; eso es decir que te quieres divertir á costa mía.

— Dios me libre de semejante cosa. Es que.....

— ¿ Qué ?

— He encontrado á otro sujeto.....

— ¿ A quién ?

— Al secretario del abate Terray.

— ¿ Y qué ?

— Me ha dicho que su amo iba á ser ministro de la Guerra.

— ¡ Oh ! ; oh ! exclamó Richelieu riéndose á carcajadas.

— ¿ Qué le parece de eso á monseñor ?

— Que si el señor Terray va á ser ministro de la Guerra, no lo seré yo, y que tal vez lo seré si él no lo es.

Rafté había oído bastante para saber á qué atenerse, pues era hombre inteligente, atrevido, infatigable, ambicioso, de tanta penetración como su amo, aunque siempre estaba más preparado que él para todo, porque conocía sus grandes defectos y sus buenas cualidades. Al verle, pues, tan seguro de sí mismo, creyó que nada tenía que temer.

— Vamos, monseñor, daos prisa y no hagáis esperar demasiado, porque eso sería de mal agüero.

— Estoy pronto ; pero deseo saber qué gente hay.

— Aquí tenéis la lista.

Al mismo tiempo se la presentó al duque, y éste

leyó en ella con satisfacción los primeros nombres de la nobleza, de la magistratura y del comercio.

— ¡ Si me haré popular ! ¿ Qué te parece, Rafté ?

— Monseñor, hemos vuelto á la época de los milagros, respondió éste.

— ¡ Toma ! ¡ aquí está Taverney ! añadió el mariscal mirando la lista. ¿ Qué viene á hacer aquí ?

— No lo sé, monseñor : pero salid, salid.

Y con una especie de autoridad obligó el secretario al duque á pasar al salón principal.

Richelieu debió quedar satisfecho, porque fué recibido con tanta distinción como un príncipe real.

Pero toda la fina, hábil y cautelosa política de aquella época y de aquella sociedad no evitó el cruel chasco que amenazaba á Richelieu.

Por conveniencia y por respeto á la etiqueta se abstuvieron todos los cortesanos de pronunciar la palabra ministerio ; algunos llegaron hasta cumplimentar al duque, aunque persuadidos de que esto requería la mayor reserva, supuesto que el mariscal no se daba por entendido.

Así que esta visita de madrugada se consideró por todos como una sencilla demostración de afecto, ó mejor dicho, como la expresión de un deseo, pues en efecto no faltaron cortesanos que se expresaran en este sentido haciendo alarde de sus fundadas esperanzas.

Uno decía que el gobierno debía acercarse á Versalles, y que pocas manos se encontraban como las del duque de Richelieu capaces de empuñar las riendas del Estado.

Otro aseguraba que el Sr. de Choiseul le había postergado tres veces en las promociones de caballeros de tales y cuales órdenes, pero contaba con el grato recuerdo del mariscal de Richelieu, ya que nada se oponía al cumplimento del beneplácito de S. M.

En fin, á los oídos del mariscal resonaron cien peticiones más ó menos ambiciosas, aunque expresadas con sumo arte y delicadeza.

Poco á poco se fueron alejando los concurrentes, pues querían, según aseguraban, dejar al señor mariscal entregado á sus *importantes ocupaciones*.

Uno solo permaneció en el salón.

No se había acercado con los otros, nada había pedido, ni aun se había hecho presente.

Pero después que todos se alejaron, aquel hombre se acercó al duque con la sonrisa en los labios.

— ¡ Ah, señor de Taverney ! le dijo el mariscal. ¡ Cuánto celebro el veros !

— Esperaba la ocasión de darte mi enhorabuena, duque ; una enhorabuena positiva, completa y sincera.

— ¡ Ah ! ¿ y de qué ? preguntó Richelieu á quien la reserva de los otros había obligado á conducirse con reserva y misterio.

— De tu nueva dignidad, mariscal.

— ¡ Silencio !... ¡ silencio !... No hablemos de eso, porque nada hay de oficial todavía, es un se dice.

— Pero es cosa sabida ya, porque tus salones estaban llenos hace un instante.

— Y no sé verdaderamente porqué.

— ¡ Oh ! yo sí.

— ¿ Por qué, por qué ?

— Por una palabra mía.

— ¿ Qué palabra ?

— Ayer tuve el honor de presentarme al rey en Trianón : S. M. me habló de mis hijos, y me dijo : Ya que conocéis al señor de Richelieu, según creo, dadle la enhorabuena.

— ¡ Oh ! si S. M. os ha dicho eso !... replicó Richelieu con desmedido orgullo, como si las palabras del

rey fuesen el despacho oficial que con tanto empeño esperaba Rafté.

— De modo, prosiguió Taverney, que al punto entendí de lo que se trataba, cosa no muy difícil, á juzgar por el movimiento que reinaba en Versalles. He acudido, pues, obedeciendo al rey á darte la enhorabuena, y obedeciendo á mis particulares sentimientos para recordarte nuestra antigua amistad.

El duque estaba verdaderamente en un éxtasis delicioso; defecto es este de la naturaleza, del cual no se vé libre el más esclarecido talento. Pero al mismo tiempo solo vió en Taverney á uno de esos eternos pretendientes de tercer orden, espíritus pobres á la zaga del favor, inútiles cuando se les protege, más inútiles cuando se les conoce, y á los cuales se les hace un cargo porque salen de su oscuridad para ir á calentarse al sol de la prosperidad ajena.

— Ya veo lo que es, dijo el mariscal con bastante aspereza: se me viene á pedir algo.

— Tú lo has dicho, duque.

— ¡ Ah! exclamó Richelieu sentándose, ó mejor dicho, sepultándose en un sofá.

— Te he dicho ya, si no me engaño, que tengo dos hijos, añadió Taverney, tanto más empeñado en su pretensión cuanto más frío notaba á su antiguo camarada.

— ¡ Sí?... Me alegro.

— Una hija, á la cual quiero en extremo y que es un modelo de virtud y de hermosura. Está ya colocada cerca de la Delfina, pues esa señora le profesa una estimación particular. No te hablo pues de ella, de mi aznada Andrea, porque está en buen camino, es decir, en vísperas de hacer su fortuna. ¿ No la conoces? ¿ No la has visto? ¿ No te la he presentado una vez? ¿ No has oído hablar de ella?

— Pues... no sé... puede ser... contestó bostezando Richelieu.

— No importa: el hecho es que mi hija está ya colocada. En cuanto á mí nada necesito, porque el rey me ha concedido una pensión.

— ¡ Hola!...

— Una pensión que basta para todas mis necesidades, y lo único que me falta es lo necesario para habilitar convenientemente mi Casa-Roja, es decir, mi último retiro; pero espero que con tu crédito y con el de mi hija...

— ¡ Bah! dijo en voz baja Richelieu que nada había oído hasta entonces, pues se hallaba extasiado con su propia grandeza, hasta que las palabras, el crédito de mi hija, le sacaron de su distracción. ¡ Tu hija!... sí... ya estoy: es una joven belleza que hace sombra á la buena condesa... un escorpión que se abriga bajo las alas de la Delfina para morder á todos los de Luciennes. Vamos, vamos, amigo mío: es necesario que no seamos ingratos; y en cuanto á gratitud, ya verá si yo puedo faltar á ella la señora condesa que me ha hecho ministro. Continúad, continuad, señor de Taverney.

— Me acerco al fin, repuso éste, decidido á reirse interiormente del ambicioso mariscal, con tal que le concediese lo que apetecía. Sólo pienso en mi hijo Felipe, que tiene un nombre ilustre, aunque de nada le servirá esta ventaja si no le ayuda alguno. Felipe es valiente y reflexivo, más reflexivo de lo que le conviene. Pero, ¿ qué queréis? Eso proviene de lo apurado de su situación, porque el caballo muy sujeto acaba por bajar la cabeza.

— ¿ Y eso qué importa? pensaba el mariscal demostrando con las señales menos equívocas su fastidio é impaciencia.

— Necesitaría yo un personaje colocado en alto puesto, come tú, por ejemplo, para que Felipe obtuviese una compañía. La señora Delfina al entrar en Estrasburgo le nombró capitán; pero le faltan cien mil libras para obtener una buena compañía en algún regimiento distinguido de caballería... Deseo que consigas eso, amigo mío.

— Vuestro hijo ha hecho poco ha, si no me equivoco, un servicio á la Delfina, ¿no es verdad?

— Un servicio grande, pues detuvo para ella sola los caballos de tiro que á la fuerza quería llevarse ese Dubarry.

— ¡Hola! murmuró entre dientes Richelieu; sale lo mismo que yo me imaginaba: estos Taverney son los enemigos más implacables de la condesa... ¡Por Dios que ha llegado á tiempo el barón! ¡Pues no presenta como títulos de favor unos servicios que le excluyen eternamente de la gracia del rey!...

— Nada me contestas, duque, dijo Taverney algo amostazado al ver que Richelieu se empeñaba en guardar silencio.

— ¿Yo?

— Sí... tú..

— Es que...

— Vamos, hombre; dime algo: somos antiguos amigos.

— Ya lo veo.

— Pues bien.....

— Digo que será muy cierto todo lo que acabáis de exponer, replicó el mariscal levantándose como para indicar que se había concluido la audiencia.

— Pero, duque, por Dios.....

— Una compañía para vuestro hijo... imposible.

— ¡Cómo imposible!.. ¿Qué me dices? ¡Imposible!

sible semejante miseria? ¡Y me lo dice un antiguo amigo!

— ¿Por qué no? Los antiguos amigos deben decir siempre la verdad. ¿Por qué he de hacer yo una injusticia? ¿Por qué habéis de abusar vos de la palabra amistad? Me habéis olvidado durante veinte años porque no era nada; pero apenas soy ministro cuando os presentáis.

— Señor de Richelieu, sois injusto en este momento.

— No por cierto, soy bastante generoso para no permitir que paséis el tiempo haciendo antesalas; soy un amigo verdadero, y por lo tanto.....

— ¿Qué?

— Ya lo habéis oído.

— ¿Pero tenéis algún motivo para desairarme?

— ¡Yo!... ¡Un motivo!... ¡Yo!.....

— ¡Bah! no ignoro que tengo enemigos.

El duque podía responder lo que pensaba; pero esto equivalía á descubrir lo que le convenia callar; á declarar que era ministro por la influencia de una favorita, y esto nunca lo hubiera confesado por todo el oro del mundo; por consiguiente contestó al barón.

— No tenéis enemigos, querido Taverney, pero yo sí: conceder esos favores sin examinar méritos, es dar á entender que hago lo que hacía mi antecesor el señor de Choiseul.

— ¿Y qué?

— Amigo mío, deseo que mi administración no sea estéril. Hace veinte años que sueño con reformas y con progresos que al fin saldrán á luz, pues si hasta aquí ha perdido el favor á la Francia, yo pienso ocuparme del mérito. Los escritos de nuestros filósofos son antorchas que han iluminado mi entendimiento; se han disipado las tinieblas en que yacían los siglos pasados, y por Dios que ya era tiempo de que esto sucediese

para bien de la humanidad... Examinaré, pues; los méritos y servicios de vuestro hijo como los de otro cualquiera, y haré este sacrificio á mis convicciones, sacrificio doloroso sin duda, pero al cual estoy obligado por mi posición. Si vuestro hijo es digno de mi favor, señor barón de Taverney, lo obtendrá, no porque su padre sea mi amigo, no porque lleve su apellido ilustre, sino por sus propios merecimientos. He ahí mi plan de conducta.

— Es decir, vuestro curso de filosofía, replicó el anciano barón que se mordía las uñas de rabia.

— Bien; de filosofía, si queréis, caballero.

— La filosofía nos dispensa de muchas cosas buenas, señor mariscal.

— Sois mal cortesano, barón.

— Es que los de mi nombre sólo hacen la corte al rey.

— Mi secretario Rafté da audiencia en mi antesala á más de ciento al día que son tanto como vos, amigo mío: todos llegan de provincias, en las cuales se aprende á ser descortés con sus pretendidos amigos.

— ¡Bah! un Casa-Roja que descende de las Cruzadas no puede avenirse bien con un Vignerot ministril.

Á este insulto cualquiera se hubiera alborotado; pero el mariscal tuvo más talento que el barón de Taverney, de cuya fatuidad estaba ya más que plenamente convencido; se contentó, pues, con encogerse de hombros, y respondió:

— Estáis muy atrasado, descendiente de las Cruzadas; os halláis en la memoria calumniosa escrita por los parlamentos de 1720, y no habéis leído la de los duques y pares en contestación á ella. Pasad á mi biblioteca, querido señor, ya os la leerá Rafté.

Y diciendo esto despedía á su antagonista, cuando

se abrió la puerta y entró ruidosamente un hombre diciendo:

— ¿ En dónde está ese querido duque ?

Aquel hombre azorado, con los brazos abiertos y los ojos dilatados de satisfacción, era Juan Dubarry en persona.

Al aspecto del recién venido, Taverney retrocedió de sorpresa y despecho.

Juan notó aquel movimiento, reconoció aquella cara y le volvió la espalda.

— Ahora caigo, dijo el barón tranquilamente, y me retiro. Dejo al señor ministro en buena compañía.

Y dicho esto se retiró con mucha dignidad.